

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES É INDUSTRIA.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA, 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS, 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el EXTRANJERO, 48 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres Cabrera.—Se suscribe en Córdoba, casa del director económico, Sr. D. Rafael Bastida, Plazuela de San Juan, número 22.—Fuera, en las principales librerías.

LA ÚLTIMA PRINCESA DE LA CASA DE VALOIS.

Entre las mugeres célebres por su talento, su erudicion y su belleza, figura de una manera notable Margarita de Francia, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. La vida azarosa de esta infeliz Princesa, última de la casa de Valois, su apego á la religion Católica, causa principal de sus desgracias, y su corazon magnánimo, la han hecho interesante á los ojos de todos los que conocen las páginas de su historia.

Nació Margarita el 14 de Mayo de 1552, y tenia apenas veinte años cuando casó con Enrique de Navarra, que reinó despues en Francia con el nombre de Enrique IV el Grande.

Desde niña, contando apenas siete años, fué objeto de la persecucion de su hermano el duque de Anjou, que pretendia con amenazas y crueles castigos separarla de la iglesia Católica para echarla en brazos de la religion de Calvino.

Ardia entonces en Francia mas que nunca el espiritu reformista, y en vano el clero católico hacia esfuerzos por contener el protestantismo, que, influyendo primero en las clases elevadas, y mas tarde hasta en las mas humildes del pueblo, amenazaba invadirlo todo con su perversa doctrina. Navarra era el cen-

tro de sus conspiraciones; porque Enrique, gran partidario de la reforma, no solo alentaba á los tímidos en aceptarla, sino toleraba las terribles venganzas que los Hugonotes, ejecutaban en las personas de los católicos. Aqui era donde Margarita cuya firmeza en materias de religion se manifestó desde su edad mas tierna debia venir á ser objeto de las mayores persecuciones.

Y en efecto, algunos dias antes de la memorable matanza de la S. Barthelemi, Enrique IV, conociendo que jamás podria destruir en el corazon de su esposa los sentimientos de piedad, y deseando por otra parte estar mas libre para entregarse á sus criminales amores, intentó desbaratar su matrimonio, para lo cual hizo proposiciones no solo á Margarita sino á la reina Catalina, proposiciones que fueron rechazadas. Esta repulsa dió lugar al célebre manifiesto de Enrique IV, que cita Pierre Bayle, critico y filósofo del siglo XVII, y uno de los escritores que mas han defendido á este monarca, que hubiera sido sin duda alguna un gran rey, si á su valor en los combates y á sus buenas dotes para el mando, hubiera reunido mas tolerancia en materias de religion y una conducta menos licenciosa.

Por mas que algunos historiadores hayan inculpado á la reina Margarita de poco celosa de su honra, atribuyéndole un gran número de amantes, preciso es reconocer por causa

principal de sus estravios el comportamiento poco galante del rey de Navarra para con ella, y la constante persecucion de este monarca á los que profesaban ideas religiosas contrarias á las suyas.

Bussy, favorito del duque de Alencon, pasaba por amante de Margarita y se decia en la corte que Madama de Torigny, confidenta de la Princesa, era la directora de esta intriga. A instancias de su marido, la Reina se vió obligada á alejar de su lado á esta servidora, no sin haber antes opuesto la mayor resistencia. Esta concesion aplacó los ódios por el momento, pero no bien el rey y la reina de Navarra se hubieron establecido otra vez en Bearn, comenzaron de nuevo las disidencias entre ellos, no solo por la conducta escesivamente libre de Enrique IV, sino tambien por su intolerancia religiosa.

«Volvimos otra vez á Pau, en «Bearn,—dice la reina de Navarra,— «donde no celebrándose ceremonia «alguna de la religion Católica, se «me permitia solamente que di- «jesen una misa en una capillita que «no tenia mas de tres ó cuatro pa- «sos de largo, y que siendo muy an- «gosta, se llenaba cuando estábamos «dentro de ella siete ú ocho perso- «nas. A la hora en que debia cele- «brarse la misa se levantaba el puen- «te del castillo, por temor de que los «católicos del pais, que carecian de «todo ejercicio religioso, la oyesen. «Como deseaban ardientemente asis- «tir al santo sacrificio de que esta- «ban privados hacia muchos años, lle- «vados de este santo y justo deseo, «los habitantes de Pau encontraron «medio el dia de Pentecostes, antes «de que se levantara el puente, de «entrar en el castillo, deslizándose «en la capilla donde no fueron des- «cubiertos: pero al fin de la misa «como entreabrieran la puerta para «dejar entrar á uno de mis servido- «res, varios Hugonotes que espiaban

«alli los vieron y fueron á dar par- «te de ello á Lepin, secretario del «Rey mi marido, (el cual poseia la «entera confianza de su señor y tenia «gran autoridad en su casa, diri- «giendo los asuntos de la religion) y «este envió guardias del Rey, que des- «pues de echarlos fuera y apalearlos «á presencia mia, los encerraron en «la cárcel, donde estuvieron largo «tiempo y pagaron una gran multa.

«Esta indignidad, de que no ha- «bia visto ejemplo, me resintió es- «traordinariamente. Fui á quejarme «al Rey mi esposo, suplicándole hi- «ciese poner en libertad á estos po- «bres católicos que no eran merece- «dores de tal castigo por haber que- «rido, prevaleándose de mi venida, «aprovechar el dia de una fiesta tan «solemne para oir misa despues de «haber estado por tanto tiempo pri- «vados de los egercicios de nuestra «religion. Lepin se mezcló en la con- «versacion sin ser allí llamado; y sin «guardar la consideracion debida á «su Señor de dejarle responder, to- «mó la palabra y me dijo: *que no le «calentase la cabeza al Rey con este «asunto; porque por mas que yo dijese, «él no ejecutaria cosa en contrario: que «habian merecido y mucho lo que se les «habia hecho y que por mis quejas no se «haría ni mas ni menos; que me con- «tentase con que se me permitiera man- «dar decir una misa para oirla yo y aque- «llos de mis servidores que quisiese lle- «var á ella.*

«Estas palabras me ofendieron «mucho por venir de un hombre de «su estofa, y supliqué á mi esposo, si «era tan dichosa que pudiera mere- «cer su gracia, que me hiciese co- «nocer se resentia del ultraje que de «este hombre villano me veia recibir, «y que me hiciera justicia.

«El Rey viendo que me queja- «ba justamente, le hizo salir y qui- «tarse de mi presencia, diciéndome: «*que estaba muy pesaroso de la indis- «cresion de Lepin, y que el escesivo celo «por su religion era lo que lo habia con-*

«ducido á ese extremo y que me haria
«toda la justicia que yo quisiera: que con
«respecto á los presos católicos, él trata-
«ria con sus consejeros del Parlamento
«de Pau lo que pudiera hacerse para com-
«placeme. Despues de dirigirse á mi
«de esta manera, fué á su gabinete
«donde encontró á Lepin, y habién-
«dole hablado lo cambió de un to-
«do. De suerte que temiendo que yo
«le obligase á despedirlo, evitaba mi
«presencia y me huia la cara. En fin
«viendo que me obstinaba en querer
«que despidiese á Lepin ó á mi, el
«que de los dos apreciase en menos,
«todos los que alli estaban y que odia-
«ban á Lepin, le dijeron que no de-
«bia disgustarme por semejante hom-
«bre que tanto me habia ofendido:
«que si esto llegaba á oídos del Rey
«y de la Reina mi madre, llevarian
«muy á mal que lo hubiese tolera-
«do y tenido cerca de él; lo que le
«obligó al fin á separarlo de su la-
«do; pero no dejó por esto de ha-
«cerme mal y de huirme la cara.»

De este modo se quejaba Margarita de Valois del trato poco respetuoso que recibia, y que al fin la obligó á alejarse de su marido retirándose á Nerac.

Entretanto la guerra entre católicos y protestantes, suspendida un momento, comenzó de nuevo mas terrible y asoladora, y esta vez alcanzó pocas ventajas el rey de Navarra. Margarita consiguió que la ciudad de Nerac, donde residia, se mantuviese neutral, pero á condicion de que el Rey no entraria en ella. Enrique IV no solo faltó á la palabra empeñada, sino que dió orden al mariscal Biron para que cañonease la ciudad; lo cual se efectuó á pesar de las amargas quejas de la reina de Navarra. Pero no era esta la última desgracia que habia de poner á prueba el bondadoso corazon de esta infeliz Princesa.

En 1582 determina ir á la corte de Francia, y alli en vez de las atenciones que esperaba, solo recibe

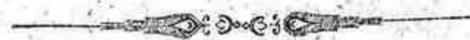
de su hermano Enrique III los mas crueles ultrajes. Sepárale de su lado dos de sus servidoras, y rehusando toda esplicacion con ella, le manda que vaya á reunirse con su esposo. Margarita despechada toma el camino de Navarra, pero no lejos de Versailles una partida de arqueros enviada por el Rey detiene su litera: el gefe de ellos manda prender al caballero de la Princesa, á su médico, á su boticario y á casi toda su servidumbre; y despues de hacer registrar escrupulosamente el carruaje, la deja continuar su camino. Los presos conducidos á Paris como malhechores, son encerrados en la Bastilla de orden del Rey.

Margarita á su regreso de la corte de Francia, puso en conocimiento de su esposo la afrenta que del Rey su hermano habia recibido, suplicándole exigiera de él una cumplida reparacion. Enrique IV la exigió en efecto, pero sus gestiones, hechas tal vez con menos entereza de la que convenia en un asunto tan difícil de llevar á buen término, no dieron resultado alguno que pudiera satisfacer á la augusta Princesa, ofendida en su amor propio de una manera tan indigna.

La lucha de los católicos con los partidarios de la reforma, seguia entretanto con el mismo encarnizamiento. El Papa Sisto V escomulgó al rey de Navarra; y la Reina, valiéndose de este pretesto para separarse de su marido y aun para hacerle la guerra, reunió sus partidarios y se apoderó del Agenois; pero ostigada vivamente por las tropas reales, se vió obligada á abandonar á Agen, capital del departamento, y á emprender la fuga precipitadamente.

JOSÉ LAMARQUE
DE NOVOA.

Se continuará.



Continúa en el tomo 1.º de la obra.

PLEGARIA
À LA VIRGEN:

Blanca azucena que en el valle crece
y leda mueve y acaricia el viento;
lirio fragante que gentil se mece
de su flecsible tallo al movimiento.

Nuncio de paz, de amor, y de consuelo,
oye al que ufano tus amores canta,
y á la mansion de tu brillante cielo
entusiasmado su cancion levanta.

Oye al que gime en los estrechos lazos
de la cárcel cruel del yerto mundo
y levantando sus amantes brazos
á tí se acoge en su dolor profundo.

Y del cielo feliz en donde moras
tiéndele ¡oh reina! tu celeste manto,
tú que dones y dichas atesoras
los raudales enjuga de mi llanto.

Escucha al pecador que arrepentido
de sus culpas implora los perdones
y cicatriza el corazon herido
tú que eres fuente de preciados dones.

De Nazaret te miro en la partida
al marchar á Belen de la Judea
para dar de tu aliento hermosa vida
al que la tierra y los espacios crea.

Y llegar te contemplo venturosa
lo predicho cumpliendo de Isaias,
y te contemplo virginal esposa,
madre y virgen te admiro del Mesias.

Madre del Verbo, inmaculada y pura
te evoca en su entusiasmo mi memoria
cual iris bello de eternal ventura
que un cielo anuncia de esplendente gloria.

Vástago de David en donde anida
la celeste virtud y la belleza,
hermosa flor en el jardin mecida
por el aura eternal de la pureza.

Tú ¡oh Señora! mas pura y mas hermosa

que el esplendente matinal rocío,
mas que el perfume de la blanca rosa,
mas que la perla de argentado río.

Preciado eden de celestial encanto,
alienta mi exaltada fantasia
para que pueda en armonioso canto
regalarte su amor el alma mia.

No ambiciono del Tasso las canciones
ni la sublime inspiracion del Dante,
pobres son las humanas oraciones
para el que ufano tus amores cante.

No ambiciono de amantes ruseñores
la grata voz donde el placer emana
cuando entre gallas, aromosas flores
saludan al albor de la mañana.

Ni de la clara limpida corriente
el sonoro plácido murmullo,
ni el eco de las auras dulcemente
la esencia arrebatando del capullo.

Tan solo el pronunciar tu escelso nombre
para cantarte en mi entusiasta anhelo
de nueva vida necesita el hombre,
necesita un destello de tu cielo.

Que eres fuente de amor y de ternura
y al cantarte dulcissimos amores
en tí se canta la inmortal ventura
al sol de redencion en sus albores.

Aparta pues del aterido mundo
humilde á el alma que á tu amor se ofrece
tornando en gozo su dolor profundo
tu que eres flor que en la virtud florece.

Y al cruzar los desiertos de la tierra
sé de mis pasos la constante guia
que en tí la gracia y la virtud se encierra
que entusiasta anhelara el alma mia.

Me horroriza la sombra del pecado
y ante tu escelsa magestad me postro
cuando de puras lágrimas bañado
contemplo ¡oh reinal! tu divino rostro.

Cuando al pié de la cruz allá en el monte
te evoca contristada mi memoria

viendo rasgarse el cárdeno horizonte
que las puertas cerraba de la gloria.

Yo contemplo á Jesus, Jesus bendito;
tambien contemplo tu dolor profundo
y cuando suena de la muerte el grito
miro brillar la redencion del mundo.

Despues admiro en tus amantes brazos
del hijo del Señor la horrible muerte,
te miro madre prodigarle abrazos,
te miro Virgen anhelar su suerte.

Y te miro despues blanca azucena
vagar inquieta en el vergel florido
llena de amor y de amargura llena
adorando en Jesus tu hijo querido.

Te miro solitaria, y temblorosa,
junto á la tumba del que fué tu encanto
bañando amante su tranquila losa
con los raudales de tu acerbo llanto.

Tambien te miro en mi ferviente anhelo
de millares de arcángeles cercada
bajo el dosel de tu brillante cielo
de celestial diadema coronada.

¡Oh madre del Señor! tú que amarosa
viste á Jesus á muerte sentenciado
y ante una muchedumbre poderosa
en la cumbre del gólgota enclavado,

Tú que viste la sangre derramada
de su costado por la horrible herida
y viste con el alma traspasada
estinguirse el aliento de su vida.

Tú ¡oh madre de piedad! desde ese cielo
mansion de gracias y placer y amores
lanzando una mirada de consuelo
haz que renazcan eternas flores.

Haz que broten los dones celestiales
que evoca tu recuerdo á mi memoria
y que alcancen los míseros mortales
eterna vida de brillante gloria.

¡Oh madre del Señor! haz que mi lloro
con el tuyo purísimo confunda

bañando el amantísimo tesoro
que con su luz el universo inunda.

Torna á mi pecho la perdida calma
y postrado contéplame de hinojos
el horrendo martiro de mi alma
á raudales brotando de mis ojos.

Sé de mi vida la brillante estrella
que ilumine mi frente y mi alvedrio,
y concédeme ¡oh Virgen! que en tu huella
eterno viva el pensamiento mio.

T. MARTEL.

NOTICIAS HISTÓRICAS

sobre el descubrimiento

de la isla de la Madera.

(CONCLUSION.)

El primer punto que descubrieron recibió el nombre de *Punta de San Lorenzo*, y pasada esta, observaron una porcion de terreno hácia el *Sur* que formaba una perspectiva la mas hermosa y agradable hasta las montañas. Juan de Morales y algunos otros pasaron entonces á una chalupa á fin de reconocer la *Costa*, én la que muy luego encontraron una *Bahia* conforme á la descripcion hecha por los cautivos ingleses, y saltando en tierra tropezaron con el monumento erigido á los desventurados amantes Roberto Machin y Ana Dorses, por cuyo eterno descanso oraron sobre su sepulcro un breve rato, regresando despues al buque con estas agradables noticias.

Ya estaban desvanecidas completamente las dudas y los temores. El cálculo de la ciencia habia triunfado al fin de la ignorancia y de la supersticion.

Desembarcó Gonzalez Zarco con los demás de la tripulacion y con la solemnidad correspondiente, tomó posesion de la isla en nombre del

Rey de Portugal Don Juan I y de su hijo el infante Don Enrique, el 8 de Julio de 1449 dia de Santa Isabel Reyna de Portugal.

Mientras que unos al mando del Comandante Gonzalez Zarco recorrian el centro, otros al de Morales costearon la isla por mar sirviéndose de los botes de la embarcacion, y cerciorados de la bondad, hermosura y frondosidad del pais, dispuso Gonzalez Zarco la formacion provisional de una pequeña colonia, buscando para ellos un sitio apropiado que encontraron en un lugar mas despejado y menos poblado de árboles que el resto de la isla, cuyo lugar estaba lleno de hinojos, por lo que se dió el nombre de Hinojar á la poblacion que se fundó despues en el mismo sitio.

En el viage de exploracion que Zarco habia emprendido por la isla, al aproximarse á una escarpada roca que se elevaba sobre el mar, y que cortada por las olas formaba una especie de puerto ó ensenada, creyó descubrir las señales y huellas que dejan algunos animales. En efecto, tales sospechas quedaron realizadas poco despues, al ver que de una caverna situada al pié de la misma roca saltaron al agua muchos lobos marinos. Este acontecimiento motivó para Zarco el sobrenombre de *Cámara dos Lobos* que llevó en adelante; pasando despues á formar el apellido de su descendencia y posteridad.

Resolvió Zarco reembarcarse y abandonar la isla para regresar á Portugal satisfecho del resultado de su empresa y al intento mandó conducir al buque pájaros, plantas, flores y leñas, para presentar á sus augustos protectores, como muestras de la feracidad del suelo que iba á abandonar por el momento; y dándose al fin á la vela entró en el puerto de Lisboa á fin de Agosto del mismo año sin haber perdido ni un solo individuo de los que con él salieron á la espedicion. Su presencia

llenó de gozo á la córte en la que se le dispensaron las consideraciones debidas á su arrojo, valor y constancia, y recibido en audiencia pública por el rey D. Juan para hacerle la relacion circunstanciada de su descubrimiento, presentó al Monarca las ricas producciones de la isla entre las que llamó muy particularmente la atencion del Rey los troncos de árboles por su magnitud y calidad. Desde entonces se impuso al nuevo descubrimiento el nombre de *isla de Madera* por la abundancia en sus bosques y arbolado.

En la primavera del siguiente año, recibió orden Gonzalez Zarco de volver á la isla investido con el carácter de Gobernador general, cuyo viage realizó en el mes de Mayo acompañado de su esposa Constanza Rodriguez de Sáa ó Almeida en lo cual difieren algunos historiadores, de su primogénito Juan y de sus dos hijas Elena y Beatriz, y varias otras personas de ambos sexos, con los elementos necesarios al objeto de aumentar la nueva colonia en cuya travesia emplearon muy pocos dias. Abordaron á una rada que desde el primer viage se conocia con el nombre de puerto Inglés, pero que en este se varió en el de puerto Machin en memoria del infortunado Machin, construyéndose allí mismo una nueva poblacion que como el puerto y por igual causa, se llamó tambien Machino.

Cortado el frondoso árbol que diera sombra y descanso á los amantes Roberto y Ana, y á cuyo pié reposaban en la tumba, mandó el Gobernador Zarco construir una iglesia que conforme á la súplica postrera de Machin fué dedicada á *Jesus Salvador* y en el coro de la misma recibieron honrosa sepultura los mortales despojos de los dos jóvenes amantes.

Eduardo I hijo y sucesor de D. Juan en el trono de Portugal otorgó á su hermano el infante D. En-

rique, durante su vida, todas las rentas que se sacaran de la isla, como justa retribucion y recompensa de las cantidades que anticipó para llevar á efecto la espedicion y descubrimiento, asi como para la colonizacion y fomento de la misma; cuya donacion se verificó en el palacio de Cintra por medio de un acto solemne y público en 26 de Setiembre de 1433, encomendando perpétuamente segun el mismo documento, la autoridad espiritual á la órden de Cristo, de la que como antes dijimos era gran Maestre el infante D. Enrique. Tales donaciones fueron despues confirmadas por los sucesores en la corona.

Juan Gonzalez Zarco, fué dignamente recompensado por el rey y su hijo, como merecia por sus brillantes servicios, recibiendo ademas el título de conde para si y sus descendientes.

Triunfos tan brillantes como los alcanzados en aquel importante descubrimiento, escitaron aun mas el ardor y aficion del Principe por el estudio de las ciencias y adelantos de la marina, debiéndose á esta circunstancia y á su incansable celo y patriotismo, los felices resultados en las exploraciones que despues se emprendieron, que elevaron á la mayor altura y consideracion la Monarquia Lusitana, con la posesion y dominio de las islas Azores.

Don Enrique halagó la esperanza de hacer de la isla de la Madeira el astillero de la marina de su patria, pero un suceso altamente lamentable vino de súbito á destruir sus deseos. Por casualidad ó con deliberada intencion prendiose fuego en los inmensos bosques de la isla, que propagándose á impulsos del viento de colina en colina hasta la costa, destruyó por completo el arbolado, y los habitantes hubieron de embarcarse para librarse del mortifero calor que los abrasaba. Afirman algunos que este incendio duró por lo

menos siete años, (5) por lo que debió ser muy grande é irreparable por el pronto los daños causados en aquella naciente colonia. Lamentó D. Enrique tan funesta desgracia, y con la actividad y energia propia de su carácter creador y emprendedor, aprovechó la maravillosa fertilidad que el mismo incendio habia comunicado á la tierra, haciendo plantaciones de cañas de azucar, y de las famosas cepas de Borgoña y Chipre que dando despues los mas felices resultados, hicieron de la isla el centro de un comercio tan importante como lucrativo.

El Reinado de Don Juan I fué acaso el mas brillante de aquella Monarquia, y aquel principe es conocido en su historia con el nombre de *Rey de buena memoria*. Bajo su paternal gobierno se fomentaron las ciencias y las esperanzas de la marina, cuyos primeros pasos en el Oceano aunque lentos y tímidos entonces fueron despues muy rápidos y acelerados. Su época fué admirable porque en ella abundaron los nobles principes, y multitud de guerreros y navegantes. Jamás fueron tan puras las costumbres, jamás llegó á exaltarse tanto el espiritu caballeresco; jamás se generalizó tanto el entusiasmo de las grandes empresas. Do quiera que entonces se tendiera la vista reconocíase que el pueblo Portugués habia llegado al periodo mas brillante de su ecsistencia. Cada nacion tiene su siglo de gloria, mas ó menos esplendente, la de Portugal fué deslumbradora. (6) Hemos concluido.

ANTONIO MORENO PAUSEN.

(5) *Historia de Portugal y de sus Colonias*, por Mr. Augusto Bonchot.

(6) *Idem*, id.

AMOR Y CELOS.

En una verde pradera,
Bella y temprana una rosa,
Ostentábase hechicera
Por lo blanca y por lo hermosa.

No lejos de ellas un clavel
Sus hojas al sol abría,
Y en tan ameno verjel
Un lirio también crecía.

Ambos á la rosa amaban
Con tierna pasión vehemente,
Pero entre sí, se ocultaban,
Su amor profundo y ardiente.

Siempre el lirio receloso,
Al clavel una mañana,
Le dijo:—Galan hermoso
Que del color de la grana

Ostentas colora bella,
¿Amas á la rosa?—No:
Yo no nací para ella,
El clavel le contestó.

Ufano respiró el lirio;
Su pecho abrió á la alegría,
Creyendo allá en su delirio
Que la rosa le amaría.

Y feliz alzó la frente;
Su tallo el aura meció;
La Luna desde Occidente
En tibia luz lo bañó.

Mas ¡ay! que vino la aurora
Con sus mágicos colores,
A despertarle, traidora,
De sus ensueños de amores.

Y á la luz del sol naciente
Vió que la rosa galana,
Del clavel lucía riente,
El bello color de Grana.

Entonces viose abatido
La frente al lirio inclinar;
Y el cierzo vino atrevido,
Su débil tallo á secar.

¡Pobre flor! llena de vida
Brillabas ayer lozana;
Hoy seca y descolorida
Recibes muerte temprana.

¡Ay! yo, como tú al soñar,
Soñé amor y bienandanza,
Y secas vi al despertar
Las flores de mi esperanza.

JOSÉ LAMARQUE
DE NOVOA.

Sevilla.

EL AHORRO.

Una de las más nobles y preciosas facultades del hombre es la prevision de lo porvenir; esa adivinacion del que con la mirada fija contempla lo futuro, bien para precaver los riesgos con que le amenaza, bien para aumentar en cuanto sea dable á sus fuerzas, las probabilidades de reposo y felicidad que pueda ofrecerle. Desde la infancia de las sociedades, en que los primeros rudimentos de civilizacion aun estaban en su germen esperando nuevas modificaciones sucesivas, vemos al labrador despues de haber preparado la tierra con el sudor de su frente y sembrado su grano, dirigirse á sus divinidades tutelares, pidiéndoles oportunas lluvias y saludables vientos para que no se malograsen los frutos de sus afanes: le vemos implorarlas religiosamente y depositar en sus aras, cualquiera que fuese el nombre de la deidad que adoraba, lo más lozano de sus cosechas y las primicias de sus ganados. Jehová, Brama, Ormuz, Siva, Osiris, Arimanes, eran invocados más particularmente en las épocas de la siembra y recoleccion: en esta, dándoles gracias por los beneficios recibidos: en aquella, poniéndolos como escudo contra las adversidades y depositando piadosamente en ellos sus esperanzas. Y era que el hombre, sobrecargado del peso del trabajo, herido por su impotencia contra la desgracia y conociendo la inutilidad de sus esfuerzos para poderla desafiar impunemente, iba á buscar en el cielo aquel alivio tan necesario al corazón, en particular cuando teme y desconfía de cuanto le rodea. Porque entonces un enemigo cualquiera con tal que fuese más fuerte, un viento impetuoso, una lluvia prolongada, el menor contratiempo, en fin, de sus vecinos ó de la naturaleza, le privaba en parte ó en un todo del resultado de sus asiduas labores y bastaba para derramar la desolacion y la miseria en las familias. «Me he levantado con el alba y he marchado á los campos: encorvado sobre el surco, he permanecido durante el día; el sudor corría á lo largo de mis brazos, y no he descansado hasta la noche, próximo á desfallecer; así han pasado muchos meses: hoy lo pierdo todo en una hora, y es que la divinidad no quiere que yo viva.» Y esa victima del trabajo y la des-

gracia, moria, y millares de hombres sufrieron la misma suerte por mucho tiempo.

Pero ese temor individual, esa zozobra de cada uno al reflexionar en las contingencias de lo venidero, ese instinto de conservación que nos acompaña siempre y se anticipa à la inteligencia frecuentemente, hicieron que el esfuerzo parcial, aislado, ineficaz por una dolorosa experiencia, se convirtiese en una cooperación general, activa, con el fin de obtener el bien de todos por la solicitud de cada uno de los confederados: la sociedad estaba planteada, las primeras ciudades se alzaron entonces, y así como el corazón, que es el centro de la vida, está en el interior del organismo, en el centro de todas ellas estaba la fortaleza ó acrópolis: depósito y tesoro común de los asociados, donde cada cual, recolectada la cosecha, dejaba una parte de su fruto para venir à encontrarla más tarde en los tiempos de escasez y penuria cuando la siembra había sido estéril ó la enfermedad disminuido sus ganados. El hombre, dado este paso, entró en la vida colectiva; pero esta vida colectiva, sumamente imperfecta como todo primer ensayo, si bien le aliviaba algún tanto en sus padecimientos, no llenaba todas las aspiraciones de su inteligencia, ni calmaba todos los temores y zozobras de su instinto; anhelantes siempre la una de perfección y de progreso: de reposo y seguridad el otro. Ambas cosas fueron el principal fin de sus conatos: la propiedad buscó su defensa bajo el triple escudo de la autoridad, la tradición y las leyes: señaláronse entonces, aunque confusamente, sus límites y sus derechos, y el bien de todos fué la más sólida seguridad de cada uno. Hé aquí el hombre entrando ya à caminar por la senda del adelanto y del progreso: pero ¡con cuánta lentitud ha marchado en ella bajo este punto de vista tan interesante y de tan grande trascendencia! Pasan los imperios de Oriente y se derrumban semejantes à la simbólica estatua de Nabucodonosor, que nos describen los sagrados libros levantada sobre pies de barro quebradizo: nada queda de ellos sino soberbias memorias y vestigios de su ruina. Todo el saber, las artes y la gloria pasan de Egipto y Siria à la Grecia, centinela avanzada de Europa para recoger y prohijar las ideas de otro emisferio, amoldándolas por una invisible y

misteriosa elaboración al tipo de su gé- nio y su carácter más expansivo y humanitario que el de las asiáticas civilizaciones y el sacerdotal y místico de los pueblos del Nilo: Grecia decae, y el cetro del mundo viene à parar à manos de Roma, coronada con todos los laureles de las artes, de las ciencias y del poder guerrero. Esta gran nación durante largos años pudo absorber y modificar en sí las religiones, la inteligencia y las instituciones de las razas que poblaban el mundo conocido, dicta nuevas leyes sobre la propiedad, distribuye tierras y fomenta el comercio bajo la salvaguardia de sus legiones armadas; pero sus leyes se atropellan con un exceso de poder, en el triunfo de la aristocracia y senado ó del pueblo; los dueños de las tierras son desposeídos de sus dominios para contentar la ambición de los soldados ó premiar sus servicios; y el comercio mismo que debía su asombrosa extensión en gran parte à las vencedoras expediciones de las armas romanas, es perjudicado al fin por el considerable número de guerras que semejantes atrevidas invasiones proporcionan à la señora del Capitolio. Era necesario, pues, que un elemento nuevo, extenso, poderoso viniera à hacer sentir su benéfica influencia en el seno de una sociedad tan trabajada y dividida por las luchas interiores, y exteriores: luchas en que se mezclaban en proporción infinita, cuantas ideas y sentimientos pueden escitar las pasiones y promover largos disturbios: religion, política, leyes interiores, costumbres, todo sentía la necesidad de reforma y se agitaba en el «forum» romano, que era entonces verdaderamente el centro de la vida y organización del mundo. Este elemento nuevo, capaz de llenar todas las exigencias y de esparcir ventajosas modificaciones sobre la sociedad en conjunto y sobre la conciencia aislada del individuo, apareció por fin, y era el cristianismo. Un legislador lleno de sabiduría y bondad, hijo del Eterno y de una virgen, bendito en su nacimiento y amigo del hombre, llega y esparce la palabra divina. Pasado el tiempo de prueba, su voz modifica y humaniza los códigos: su espíritu y su influencia se extienden desde el palacio al aposento del mendigo, y lo ocupa todo con su doctrina. Su palabra ofrece una vida ilimitada y gloriosa al hombre que ha sabido cumplir su destino en la tierra: y el hombre

vá sucesivamente acostumbrándose á las privaciones y sacrificios, sostenido por la esperanza del premio: esta doctrina regeneradora puede ser trasladada ó estendida de su uso religioso á un uso puramente social: así lo han comprendido el esclavo y el siervo, y apoyados en semejante creencia, juntaron óbolo sobre óbolo, por una larga série de años y de trabajos, el precio fijado de su rescate. Cuando se vieron al fin iguales en libertad y derechos civiles al que antes era su dueño, no pudieron menos de bendecir en el fondo de su corazón la doctrina que los habia salvado.

(Concluirá.)

ORIENTAL.

LA CAUTIVA.

Traducción libre de Victor Hugo.

Si cautiva no me hallara
Este país amaria,
Y en su mar rauda y bravia,
Mi belleza contemplara,
Y esos vergeles preciosos:
Y esos astros refulgentes:
Y aun los sables relucientes,
De los Spalús animosos.
No soy tártara ni mora:
Ni templaré mi guitarra
Un eunuco con su garra,
Que me sigue y que me explora.
Ni me sostendrá el espejo:
Ni apretará mi cintura
Ni aparentando blandura
Me rendirá su cortejo.
Quiero una grata ribera
Donde el invierno sañudo,
Con su soplo airado y rudo
No penetre mi vidriera.
Donde á cubierto del frío,
Como el insecto en la flor,
Pueda gozar del amor
Con todo mi desvario.
O cual un ramo de rosas
Que su espina y hermosura,
Conserva en el agua pura
Con sus hojas pulpurosas.
Viera entre verdes ramajes
Con mecidas concertadas,

Bandadas de aves, pintadas
Con sus risados plumages.
Y las fuentes bulliciosas,
Que con sus ninfas parleras
Bañan las altas palmeras
Y las acacias preciosas.
Y á la luna que en el mar,
Bate sus rizos de plata,
Y en las ondas se retrata
En su continuo rielar.
Y sobre torre bermeja.
La cigüeña blanquecina,
Cual una antorcha divina,
Que se posa ó que se aleja.
De un elefante en el lomo
Caminaria adormida,
En su anquilla sostenida,
Con su compás y su aplomo.
Hasta esos palacios bellos
Habitados por las Hadas,
Enredosas, animadas,
Entre brillantes destellos.
O por los aires vagando,
Entre mil juegos y amores,
Y acariciando las flores
Por los jardines bailando.
En una hamaca colgada
O sobre un mullido lecho,
Reposara en mi despecho,
Tranquila aunque contristada.
Mientras la brisa zumbando
Al hallarme adormecida,
Me besará divertida
Por mi seno revolando.
¡Oh, si yo libre me hallara!
¡Si en Stamboul no me viera!
¡Si yo evadirme pudiera!
Todo cuanto admiro amara.
En mi situación perdono
El ardor, los tiernos lazos;
Los halagos; los abrazos,
Del gran sultan y su trono.
Y de un falso adorador
Las caricias de un momento,
Pues pasan cual rauda viento
Los impulsos de su amor.
JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

BOCETO HISTÓRICO.

I.

Al desprender otra página de la historia, ocupádonos de Catalina de Médi-

cis, no entra en nuestro plan el contar su vida política; su nombre ha llenado la mitad del siglo XVI: en este boceto es á la *muger* no á la *reina* precisamente la que procuramos estudiar.

En 15 de Abril de 1519, el mismo año que la muerte del emperador Maximiliano colocaba en rivalidad á Carlos V, y Francisco I, dos rudos lidiadores cuyo campo de lucha debía ser la Italia, nació en Florencia Catalina de Médicis, de Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, y de Magdalena de la Torre de-Auvernia.

La astrologia estaba á la sazón en gran predicamento en Florencia; y segun version asás acreditada, se mandó consultar el horóscopo de la princesa; empero, en su parte esencial dicho horóscopo permaneció secreto.

Catalina perdió sus padres en su infancia; el estrépito de la guerra, Mariñan, Pavia, etc. arrullaron sus primeros años, viznieta del Papa, nieta del duque de Florencia, y heredera en caso necesario de los Médicis, fué solicitada muy pronto por los dos poderes rivales y por sus aliados cuando llegó á los catorce años. Clemente VII la otorgó al rey de Francia para su segundo hijo, Enrique, duque de Orleans.

Ese matrimonio con un principe que no tenia ni siquiera la esperanza de una corona, excitó una sorpresa general; el mismo Carlos V hizo reconvenciones; pero el Papa que temió sobre todo procurarle demasiada preponderancia en Italia, salió del paso con una respuesta harto singular para ser cierta, á saber que el grande afecto que profesaba á la casa de Austria, no le permitia hacer entrar en ella dicha princesa, por cuanto que su horóscopo auguraba desgracias para la casa en que ella entrase.»

Mientras tanto Catalina habia llegado á Marsella donde se celebró la boda en 28 de Octubre.

Además de un considerable dote que evaluan en 120,000 escudos en calidad de herencia de la madre, y 200,000 ducados como herencia paterna, la princesa llevaba á su esposo ricos señorios al norte de la Francia, y lejanos derechos á la corona de Portugal, derechos que la proveñian de la casa de Bolonia; ella traia en fin esa alianza de la cual estaba tan receloso el emperador, y que debía poner término, así se creia al menos, á las guer-

ras de Italia; así fué que adoptó por divisa el arco-iris con estas palabras en griego: «Ella trae la serenidad y la luz.»

Cuando compareció en la corte de Francia, el lujo que desplegó la hizo comparar á Lorenzo el Magnífico, uno de sus abolengos; la cantidad de sus muebles preciosos, el número de sus prendidos, el brillo de sus joyas, la belleza y fabuloso tamaño de las perlas con que adornaba su cuello, pecho y brazos sobrepujaban á cuanto se habia visto hasta entonces.

Estaba á la sazón en la flor de la edad y era deslumbradora su belleza; con todo eso, no era amada. Ocupado exclusivamente de Diana de Poitiers magüer los cuarenta y ocho años en que esta frisaba. Enrique ni disimulaba su flaco por su favorita, ni su tibieza hácia la princesa. Esta procuró en primer lugar cautivar á su marido por medio de la mas refinada coqueteria, y las seducciones posibles de un entendimiento fino, delicado y desenvuelto; todo en vano porque ciego Enrique, solo tenia ojos para Diana de Poitiers, y las cosas llegaron al extremo que se agitó por unos momentos el proyecto de repudiarla fundándose en que no habia tenido sucesion despues de ocho años de matrimonio.

En este apuro no la sostuvo el delfin, sino el anciano rey Francisco I fué quien la favoreció. Sabiendo á que atenerse tocante á su marido se adhirió á su suegro. El rey gustaba de la danza, de la música, la caza y de los ejercicios violentos, ella le acompañaba en todos estos placeres, y conquistó de este modo todo su afecto.

II.

En 1543, por fin, despues de diez años de matrimonio, Catalina dió á luz un niño, Francisco II; despues casi todos los años dió á luz hasta otros seis infantes: Elisabet reina de España, Claudia duquesa de Lorena, Carlos IX, Enrique III, Francisco, duque de Alezon, y Margarita reina de Navarra. De larga data no se alzaba una familia tan hermosa sobre las gradas del trono, y si bien por este lado triunfaba Catalina, con todo no perdía nada de su ascendiente Diana de Poitiers.

Esto duró hasta la muerte de Francisco I, ó mas bien hasta el fallecimiento de Enrique II. Coronada por el cardenal Borbon y regente durante la guerra de Alemania, Catalina no disfrutó de la menor influencia, pero jamás muger alguna supo di-

simular cual ella; recibia á Diana de Poitiers creada duquesa de Valentinois con el mayor agasajo y no desdeñaba de presentarse con ella en público. Se concluyó por mirarla como una muger inofensiva, buena cuando mas para criar niños, cuando el accidente de todos tan conocido la constituyó á la vez viuda y regenta imprimió de repente nuevo y distinto aspecto á su fisonomia.

Empezó por manifestar profundo dolor por la muerte de su esposo, vistió luto que no volvió á abandonar jamás ni aun en los dias de gran ceremonia; luego trocó el arco iris de su divisa por otro emblema representando una montaña de cal, en cuya cúspide la lluvia hacia salir un poco de humo con el siguiente lema: «El ardor subsiste si bien la llama está apagada.» Ese aparato de pesar inspiró alguna zozobra á Montgomery el adversario tan funesto de Enrique II y se fugó. Quizá tuvo razon de ponerse en salvo, pero bajo ningun pretexto debió coaligarse á los enemigos de la familia real.

La reina madre, entre tanto, se encontraba en un extraño apuro; los cortesanos que sobre poco mas ó menos debian todos sus fortunas á la favorita, contemplaban aquella con desconfianza; los principes Borbones á la cabeza de los Hugonotes, la trataban de estrangero, y hablaban de espulsarla; los de Guisa, tios de la reinita Maria Stuard amenazaban de llegar á ser omnipotentes. Enmedio de tranques tan apremiantes fué muy artera.

Contentóse con devolver á la duquesa las joyas de la corona que el difunto rey confió en calidad de depósito, y la otorgó todos sus titulos; agasajó á los Hugonotes, halaga á los de Guisa, y gana el corazon de la pequeña Maria Stuard dándole las magnificas perlas que ella habia traído de Florencia. De esta manera fué como se compuso para conservar un poder contrarrestado si, pero sobre el cual como dos corrientes que se entrechocan desbordaba siempre la fortuna de los Guisas ó la de los Borbones. La conjuracion de Amboise no pasó de ser un resultado de tan violenta situacion, y su descubrimiento iba hacer triunfar á los Guisas; ya el rey de Navarra, y el principe conde estaban prisioneros, y debieron su salvacion á la muerte de Francisco II; esta muerte llegada tan apropósito para arreglar toda la cuestion pasó por ser natural; hablóse con vaguedad de envenenamiento, recordose el fallecimiento del del-

fin Francisco, y al nombre de Catalina en voz muy baja se le añadia un terrible epíteto.

Catalina que habia convocado un consejo y que deliberaba á dos pasos del lecho de agonía en que espiraba su hijo mayor, Catalina se halló nuevamente regenta bajo un rey de diez años, enmedio de todos aquellos sitios mas atizados aun; su primer cuidado fué el de alejar á Maria Stuard, cuya gracia y belleza daba demasiada preponderancia á la faccion de los Guisas. Luego fingió pretender reconciliar á los principes, mientras que secretamente se aplicaba en desavenirlos mutuamente poniendo en práctica la máxima «de dividir para mejor reinar.» Aunque los principes no eran enteramente juguete de esa politica de dos caras. El condestable Montmorency que habia antes desacreditado á la reina en el ánimo de Enrique II, y que no se conceptuaba muy seguro, los Guisas y San Andrés uno de los segundos jefes católicos se unieron contra ella y en el dia de Pascua reunidos se juraron sobre la hostia defender su religion y sus fortunas; hicieron partícipe al rey de su confianza: Catalina á todo esto estaba reducida á escuchar tras de las puertas. La conferencia tenia lugar en el aposento del rey de Navarra convertido de poco tiempo hacia al catolicismo: encima caia un vasto apartamiento contiguo á los de la reina, quien hizo levantar una tabla del entarimado sorprendiendo con este ardid todos los designios y secretos. En cuanto á San Andrés, oyó que propuso nada menos coserla dentro de un saco y arrojarla á las aguas del Sena, él mismo se encargaba de ejecutarlo y respondia del éxito: Guisa opinaba que semejante expediente era demasiado violento.

Al dia siguiente de este conciliábulo tenebroso, la reina recibió á San Andrés con la sonrisa en los labios, y le apellidó *amigo*. Verdad es que se ha observado, que ella solo otorgaba ese titulo á las personas que amaba mucho, ó á las que odiaba mortalmente. El suplicio de Montgomery prueba que no olvidaba.

Nunca abandonó esa politica de astucia; á ella sacrificó sus dos hijas, casando la una en la casa de Lorena, y la otra en la de Borbon; únicamente por ese sistema de astucia enmedio de las mas furiosas tempestades que hubiesen agitado el pais; pero la historia puede pedirla cuenta de esa politica desleal, y al juzgarla como mu-

ger y como reina puede hacerla principalmente dos cargos severos.

III.

El primero de esos reproches, consiste en haber ella inspirado á sus hijos el hastio tocante á ocuparse en negocios, habiéndolos sacrificado á una culpable ambicion, en una palabra de no haberlos amado lo suficiente: ellos lo sabian y en cambio la querian muy poco tambien. Cuéntase que Francisco de Alenzon durante su cautiverio propuso al rey de Navarra prisionero como él, atraer á Catalina á su cuarto y estrangularla. El indiscreto Navarro contó la ocurrencia á sus familiares y el rumor llegó á oídos de la reina.

El segundo cargo que puede hacerse á Catalina, es el de haber contribuido á romper las costumbres. Gustaba de los espectáculos sangrientos y llevaba sus hijos á presenciar las ejecuciones; luego como los fines santificaban los medios para ella siendo todos lícitos, se rodeaba de las mas hermosas doncellas del reino las que le servian para atraer á su partido á los cortesanos y sus jefes. Bajo el reino de Enrique III la historia privada de la nacion parece haberse deslizado en el fango y en la sangre.

El mismo Carlos IX al distribuir á sus amigos, cordones para ahorcar á uno de los amantes de la princesa Margarita no dá de las costumbres ninguna ventajosa idea.

Sin embargo, la reina madre jamás fué directamente atacada. ¡Otra funesta y horrible celebridad la atañe!... Francisco, delfin, Francisco II, Juana de Albret, Francisco de Alenzon, Carlos IX, Luisa, Coligni y otros... pasaron por ser sus victimas. Estos hechos serán probablemente exagerados, pero lo cierto de ello es que siempre tuvo la fatalidad de que acudiese la muerte á favorecer sus miras como llamada á propósito y á mayor abundamiento la San Bartolomé lo hace todo creible. Vieja por fin, viendo estinguida su raza, cinco de sus hijos muertos antes que ella y los restantes sin sucesion cayó enferma en Blois durante los estados generales, desde su lecho de dolor oyó rodar sobre el suelo del piso superior el cuerpo de Guisa asesinado, y murió ella en plena borrasca como vivió siempre.

Tenia entonces setenta años de edad. Enrique III no pudo disimular el contento que le causó verse libre de ella.

Dejaron de hablar de esa reina en cuan-

to falleció. Esta es la enseñanza de la historia, pero, ¿Qué juicio definitivo formaremos de semejante muger célebre?...

Restan sus hechos; una fama tenebrosa rodea su nombre y acompaña su memoria; pero *su pensamiento fué un libro en que solo pudo leer Dios!*

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Abril 1860 Burgos

EL PESCADOR.

ROMANCE 4.º

¡Qué día! No tuvo aurora,
el sol le niega su rayo,
no hay cielo azul que sonria
con resplandores dorados;
las nubes... solo las nubes
se estienden por los espacios.
Como negros pabellones
en los aires van flotando,
las cruza el águila altiva
á las luces del relámpago:
hierve el mar con ronco estruendo
por los vientos azotado,
y vienen las ráudas olas
á combatir los peñascos,
llenas de furor y espuma,
ansiosas de horror y estrago.
Suspensos los pescadores
lo ven con medroso pasmo,
y al mirar por la ribera
sus bateles quebrantados,
se quejan, callan ó juran,
ó brota el rezo en sus lábios.
Mas súbitamente al cielo
alto clamor levantaron;
que un bajel en su agonía
pide á los hombres amparo:
y rotas las anchas velas
en sus mástiles quebrados,
allá en lontananza luchan
con el huracan insano.
Yá se eleva, yá se inclina
con las aguas bordeando,
cual si buscase la tumba
que amenaza devorarlo:
y se aleja, y viene luego
cruje con terrible espanto,
y en rápido remolino
sucumbe al fin destrozado
Solo entre las turbias olas

alzan sus trémulas manos
algunos que sobreviven
con fiera muerte luchando.
Precipitase Tidenó
anhelante de salvarlos:
veloz Rafael le sigue;
mas su noble ardor es vano.
Que yá, impávida la frente,
al peligro se há lanzado,
y obedeciendo los remos
al impulso de sus brazos,
se apartó de la ribera
la proa en el mar clavando,
y el crepúsculo y las ondas
lo envolvieron en su manto.

¡Oh noche! ¡qué larga fuistes
que perezoso tu paso,
y cuán tenaces las sombras
las esferas enlutaron!
Maria los mustios ojos
en lágrimas anegados
fijaba en el turbio oriente
la nueva luz esperando.
Por ella los pescadores
votos amigos formaron,
y aguardan también que lance
el sol sus destellos claros.

Al fin difundió su llama
sobre los rudos peñascos,
y allí vieron de Tidenó
el cadáver destrozado.
Inmóvil quedó Maria
como herida por el rayo:
para llorar su desgracia
aun lágrimas le faltaron.
El hondo silencio entonces
turbó la voz de un anciano,
que en sus rodillas la tuvo
en sus infantiles años.
Es de Rafael el padre,
conmovido y consternado,
quién habla así, el cuerpo frío
del pescador señalando.
«Por una injusta sospecha
«hirió á su esposa inhumano:
«en estas peñas mil veces
«su crimen gimió ignorando:
«por salvar al infelice
«espirió como cristiano:
«de llorarán mientras vivan,
«dos que su muerte han mirado.»
Dijo: á la huérfana besa,
la ofrece paterno amparo,
y el rezo, amigo del triste,
vaga por todos los labios.

NARCISO CAMPILLO.

Sevilla.

SONETO.

EL AMOR Y EL VINO.

Es del amor el vino compañero,
Lo acredita Marcial con sus lecciones,
Brindando entre sus baquicas canciones
Y bebiendo del zumo placentero.

Fuë costumbre y un hecho verdadero
Tantas veces beber en las funciones,
Cuántas letras tenían los renglones
Del nombre de una amada, lisonjero.

Por Adelaida se bebió ocho veces:
Cuatro por Rosa; siete por Fragela
Eduarda, Rogelia, Rafaela:
Nueve por Clementina; otros con creces:
Y así de los demás: y en su deseo
Apuraban el néctar de Liéo.

Rendidos al amor, ébrios, constantes,
Y siempre entre sus brazos vacilantes.

UNA PERLA

DE LAS PLAYAS DE ALGECIRAS.

BALADA.

I.

Buscando vá solitaria
Por las playas de Algeciras
Caracoles y corales
Y almejuelas una niña.

Era la niña una perla:
Concha por nombre tenia:
Y su nombre era la concha
De aquella perla tan fina.

Vaga por sus lábios rojos
Indefinible sonrisa,
Y un bello carmin colora
Su nacarada megilla.

Que á corta distancia de ella
Con gusto y temor divisa
Un atrevido soldado
Clavando en ella la vista.

Está sola y tiene miedo
Al mirar que se aprocsima:
Vá á correr: al intentarlo
—Alto, el soldado la grita.

De lo que ambos se digeran
Yo no podré dar noticia,
Mas que se hablaban de amores,
Era cosa conocida.

Para espresar su pena ó su alegría.

Frunció el sábio el semblante que lucia:
Preparó su compás: fijó su clase:
Consultó las estrellas: y la base
De su cálculo halló, que así decia.

«Serás, bella criatura, hasta los quince,
«Cartucho de confites: hasta treinta,
«Estafeta de amor: hasta cuarenta,
«La caja de Pandora, mas un Lince:
«Y en montando esta edad, serás segura
«Templo de castidad divina y pura.

No pases de los treinta niña hermosa
Y del vergel de amor serás la rosa.

CHARADA.

El imperio que designa
El todo de esta charada,
Si no me equivoco ecsiste
En una parte de Africa:
Dá mucha azucar y arroz,
Y frutas muy sazoadas
Y la circunda dos rios
Ambos de grande importancia.
Es el palacio imperial
En que habita su monarca
Una octava maravilla
Segun las crónicas hablan:
Todo el techo está cubierto
De planchas de oro y lamas:
Candelabros de marfil,
Con cadenas de esmeraldas.
Tapiceria de algodón,
Bajilla de porcelana
Incrustada en ella el oro:
Sillones de buena talla,
En que luce este metal
Su riqueza y abundancia
Porque tanto es el que encierran
Sus minas tan celebradas
Que el Emperador del oro
A su monarca le llaman.
Es de todos venerado
Y cuando sale á campaña,
Cerca de su alojamiento
En una choza se guarda
Un fuego que no se estingue
Y como sagrado acatan:
Sus vasallos de rodillas
Cuando se ofrece le hablan.
No pide tributo alguno
Mas vende caras sus gracias:
No bebe sino hidromel
O vino al-miqueño y ámbar,
Y vive entre los perfumes
De los mas ricos de Arabia.

Su vestido es un ropon
De seda tejida en Asia
Y no usa de otras telas
Por si están envenenadas,
Su cetro una podadera
Que está en marfil engumada
Y dos afiladas flechas
Cuyas simbólicas armas
Esplican á sus vasallos.
La podadera apreciada,
Que sean agricultores:
Una flecha; que el Monarca
Defenderá siempre al pueblo,
Y la otra que la guarda
Para castigar el crimen
Donde quiera que lo halla.
Si este todo descompones
En silabas separadas
Con la primera y segunda
Se significa la gracia;
Lo pulido, y delicado
De una persona esmerada,
Procura que tu caballo
Cuarta y quinta tenga sana
De la parte de su cuerpo
Que nombra quinta con cuarta
Primera con terciá se usa
En juegos y mojigangas
Para probocar la risa
De las alegres muchachas
Nunca tengas en tu nombre,
Ni en tu honra ni en tu fama,
Sinó es buena lo que espresa
La segunda con la cuarta.
Prima y ésta la hace el Rio
Cuando se detiene el agua
Y si al revés las colocas
En los telares se halla.
Si con estos muchos datos
No la das pronto acertada
Caro lector que te dén
En la ciencia calabazas.

Solucion á la charada inserta
en el número anterior.

O-RE-JA.

ERRATA.

Página 524, columna 2.^a, línea 30 debe ser, con mi primera y tercera.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ

CORDOBA. — 1860

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.